

Desafíos de la realidad a la vida religiosa latinoamericana y caribeña

El proceso de mundialización, agravado y acelerado en las últimas décadas por obra de la revolución de las comunicaciones y la aparición de nuevas tecnologías, ha sido conducido desacertadamente por los dueños del mundo, en un proceso que han dado en llamar «globalización».

P. José María Vigil, cfm

Vamos a tratar de enumerar los desafíos que nos lanza la realidad del mundo actual. Se trata de una realidad que se mundializa: se entrelaza en red y abarca el planeta con una intensidad creciente. Por eso, los análisis de la realidad son, cada vez más, «mundiales». Hoy más que nunca, «no hay nada humano que nos sea ajeno», no hay nada de otro Continente que no sea doméstico, ni hay nada de otra religión que no nos desafíe la nuestra. Los desafíos que los religiosos y religiosas sufrimos no son otros que los que afrontan los demás cristianos, los demás humanos.

Dado el espacio de que disponemos, vamos a preferir la enumeración más amplia que el análisis más detallado.

a) El mundo

Lo primero que destaca en una mirada al mundo es su falta de paz. El siglo XXI ha comenzado agitado. El terrorismo y dos guerras de invasión y ocupación, capitaneadas por EEUU, son el hecho mayor. La ruptura de la precaria legalidad mundial (la ONU irrespetada) y la división política de Europa completa el cuadro. Crece la tensión entre las religiones. Para el primer mundo, la nueva palabra de orden es «amenaza del terrorismo» y «guerra contra el terrorismo».

Para cualquier sensibilidad medianamente «latinoamericana» el problema fundamental no ha variado con la

entrada del siglo XXI, y sigue estando donde estaba en el XX: no en el conflicto entre los bloques (Este/Oeste), no en el «choque de civilizaciones», sino en el enfrentamiento Norte/ Sur: la injusticia radical y crecientemente radicalizada en la que el mundo actual persiste en hundirse más y más.

Por supuesto que a la raíz central de «los males de este tiempo» se juntan, y se cruzan con ella, **otras raíces concomitantes**, que son realmente distintas (el mundo no es monocolor, y la realidad es muy compleja); pero la raíz principal, el marco global en el que se suman y combinan todos los factores, es el de la injusticia mundial. Fundamentalismos, conflictos culturales, étnicos, religiosos... son factores reales, distintos de la injusticia, pero no le quitan a ésta su carácter de raíz estructuralmente principal.

El proceso de mundialización, agravado y acelerado en las últimas décadas por obra de la revolución de las comunicaciones y la aparición de nuevas tecnologías, ha sido conducido desacertadamente por los dueños del mundo, en un proceso que han dado en llamar «globalización», que es crecientemente reconocido por los analistas como un camuflado nuevo proceso de dominación, que viene a añadirse a los muchos que en la historia se han dado. Desde el punto de vista de los poderosos de este mundo, el mundo está ahora mucho mejor; la proporción de la riqueza que detenta el 20% más rico de la población mundial no ha hecho más que crecer y crecer, a pesar de la deformidad monstruosa a que hemos llegado en la distribución de la riqueza en la socie-

dad. Desde el punto de vista de los pobres, de los trabajadores, de los países empobrecidos, de «los que viven con un dólar diario», de África, del tercer mundo... el mundo está mucho peor, aun en los lugares donde en números absolutos el nivel de vida de los pobres ha aumentado.

Hace tiempo que el mundo se está convirtiendo en un nuevo imperio. El imperialismo no es tan viejo como el mundo, pero sí es tan antiguo como la revolución agraria y el urbanismo. Hace unos 8.000 años, cuando aparecieron las primeras ciudades (precisamente en Mesopotamia, el actual Irak), que pronto serían Ciudades-Estado, en cuanto alguna de ellas se desarrollaba suficientemente como para atacar a las vecinas, lo hacía, para apoderarse de sus riquezas y ponerlas a producir para ella. Desde entonces, la historia no es sino la memoria de los imperialismos, en una u otra forma. La novedad de hoy es que, por la desaparición de la guerra fría y por el proceso de mundialización ya no hay imperios, sino sólo «un» imperio. No un imperio territorialmente localizado, ni un imperio-nación; se trata ahora de un conglomerado financiero-industrial multinacional distribuido por todo el planeta (aunque tenga sus bases principales en EEUU y Europa), articulado con un conjunto de instituciones internacionales que funcionan al servicio de los intereses de la élite mundial, el 20% de su población, que detentando el 87% del PIB mundial deja por fuera del disfrute de la ciudadanía al resto de la humanidad.

Este imperio, hoy ya único, es internamente más multiforme que nunca: no

ejerce su dominación sólo en lo económico, sino también en lo político, lo militar, lo cultural, lo informativo, lo ecológico¹ ...

Se ha convertido en integral: todo tiene una dimensión política imperialista; aun en nuestros más pequeños actos estamos teniendo que lidiar con un imperio, que a través de las multinacionales, por ejemplo, se introduce en nuestras casas y en nuestros actos más sencillos y cotidianos. Una situación socialmente explosiva, como la actual, sólo puede mantenerse en pie por una coacción física (violencia policial o militar) o psicológica (miedo, adoctrinamiento, introyección cultural, «conquista de las mentes y de los corazones»...). En este campo del control psicológico de las masas y de la legitimación del poder, la religión siempre jugó un papel decisivo en todos los imperios, por acción u omisión, legitimando el poder directa o indirectamente, o adormeciendo a las masas. Sin duda que hoy también juega un papel decisivo, en alguna de esas formas.

Pero a la vez que se da este panorama negativo², el mundo ha crecido en conciencia, y nunca el imperio ha estado tan

desnudo como hoy. Crece una opinión pública, ahora ya también «mundial», que es capaz de manifestarse en todo el mundo a la vez³ y hasta dentro del cuartel del imperio (Seattle), y surge por todas partes un movimiento de altermundialización⁴, una organización de alternativas que afirma de un modo crecientemente incontenible que otro mundo es posible. Este movimiento todavía es incipiente; la depresión psicológica colectiva que se cernió sobre los militantes en la década pasada⁵ está aliviándose, por remisión espontánea; todavía hay mucho que caminar, pero la «hora espiritual» no es, ciertamente, de depresión. Ya se puede afirmar que «Aunque es de noche, ya es madrugada»⁶.

b) El cristianismo y la Iglesia

A nivel mundial el cristianismo atraviesa una situación paradógica. Por una parte es la religión del hegemónico «Occidente cristiano» (con lo que ello le reporta de bienestar material y de abundancia de medios de influjo) y ha dejado atrás el conflicto con su enemigo histórico (el comunismo ateo). Por otra parte, en el curso del pasado siglo XX, su desarrollo demográfico ha pasado desde un primer

¹ La Agenda Latinoamericana-Mundial'2005, cuyo lema-tema es «Desnudando al nuevo imperio» analiza pormenorizadamente cada uno de sus aspectos.

² Una descripción más detallada de los principales elementos negativos de la coyuntura actual a nivel mundial la he intentado en Fracaso globales del Evangelio, «Senderos», ITAC, San José de Costa Rica, 73(diciembre 2002)699-718.

³ Fue el 15 de febrero de 2003 cuando se produjo la primera «manifestación mundial», convocada apenas 20 días antes en el III Foro Social Mundial de Porto Alegre, sacando a la calle a 15 millones de personas en 600 ciudades de todo el mundo.

⁴ Los Foros Sociales Mundiales son la expresión más emblemática y simbólica de este movimiento. Al primero, en 2001, acudieron 16.000 personas, y al tercero han acudido más de 100.000, de 156 países, con más de 4000 periodistas de 53 países para cubrir el evento.

⁵ Expuse esta tesis en *Aunque es de noche. Hipótesis psicológico-teológicas sobre la hora espiritual de América Latina en los 90*, Envío, Managua 1996, 202 pp.

⁶ Cf Agenda Latinoamericana'2001, el análisis con ese título, en la pág. 18.

momento en el que llegó a pensar que en muy pocas décadas podría llegar a cubrir el mundo entero, a un final de siglo en el que la mayor parte de los analistas consideran claramente «insuperable»⁷ la situación actual del pluralismo religioso. Asia continúa claramente cerrada a la ilusión de una conversión del continente al cristianismo (mantenida como propuesta oficial insistente del Vaticano). El Islam ha superado en número a la Iglesia Católica y sigue siendo la religión que más crece, incluso en países de antiquísima tradición cristiana, donde ya se ha convertido en la segunda religión local. El aumento que se espera del cristianismo es simplemente de números absolutos, no proporcional a la población mundial, y basado principalmente en el crecimiento vegetativo (por el mecanismo en crisis de la transmisión cultural y por el bautismo impuesto a los niños). La respuesta oficial es simplemente la repetición intemperante de la urgencia de la *misión ad gentes*.

Por otra parte, el presente mismo se ha vuelto sumamente problemático. El cristianismo ha entrado en una «crisis inédita»⁸. Los sociólogos anglosajones la llaman «global crisis»⁹. J.B. Metz la llama «crisis de Dios»; Martin Buber, «eclipse de Dios». Küng la considera una crisis «epocal». No se trata de un nuevo talante más descreído, de las generaciones jóvenes; se trata de que la propuesta religiosa en su conjunto no hace pie en esta nueva sociedad. La forma de ser y de conocer del ser

Asia continúa claramente cerrada a la ilusión de una conversión del continente al cristianismo (mantenida como propuesta oficial insistente del Vaticano). El Islam ha superado en número a la Iglesia Católica y sigue siendo la religión que más crece, incluso en países de antiquísima tradición cristiana, donde ya se ha convertido en la segunda religión local.

humano actual se ha transformado profundamente bajo el influjo de las últimas revoluciones (científica, comunicacional, tecnológica, de la modernidad, de la posmodernidad...) y todo está quedando empaquetado en una nueva epistemología que está emergiendo, ante la que el patrimonio simbólico tradicional de la fe aparece como «creencias» sin base, inaceptables para el hombre y la mujer verdaderamente de hoy.

Las autoridades oficiales de las Iglesias encuentran, por su oficio, grandes dificultades para comprender la situación, y reaccionan repitiendo las viejas consignas sobre la necesidad de una «nueva

⁷ Desde el punto de vista humano, hemos de reconocer que vivimos hoy la experiencia de un pluralismo religioso aparentemente insuperable: C. GEFFRÉ, *O lugar das religiões no plano da salvação*, Spiritus 138 (feb 1995) 78-97.

⁸ DELUMEAU, Jean, en «Le Monde», 5 de junio de 1979; *Le christianisme va-t-il mourir?*, Paris 1977.

⁹ BASSET, Jean Claude, *El diálogo interreligioso*, Desclée, p 39.

evangelización» contra la presente ola de «indiferencia e increencia», o insistiendo en que ya estamos en el final del túnel, tras el cual todo volverá a ser como antes.

En la Iglesia va emergiendo y abriéndose paso poco a poco una nueva interpretación, con más perspectiva histórica, y con un consenso en la opinión pública civil. El Concilio Vaticano II no era la causa de los males que se le achacaron, sino su remedio; sólo que llegaba demasiado tarde, porque la modernidad con la que quiso dialogar ya estaba muriendo, y la problemática que intentó afrontar, hoy ya está superada. El Concilio destapó un cúmulo de problemas no resueltos que causaban el divorcio radical de la Iglesia con la cultura moderna. Ante estos problemas desatados la Curia se acobardó y quiso retroceder. El frenazo impuesto después autoritariamente ha suscitado un conflicto insuperable en una historia que no puede retroceder. La consecuencia ha sido el conflicto interno, el malestar en la Iglesia, el éxodo de intelectuales, mujeres, militantes, jóvenes... éxodos que están provocando en Europa una crisis del cristianismo en principio verdaderamente «terminal». Sin duda, el cristianismo sobrevivirá muchos años más, apoyándose en contingentes, poblacionales de otros continentes que no viven la misma hora... pero «kairológicamente» habrá perdido su oportunidad, sin saber si se presentará otra, ni cuándo.

La situación es demasiado grave en Europa, y sólo los desapercibidos que

viven en su pequeño mundo, sin altura ni profundidad, pueden desatender estimaciones semejantes. Lo peor del caso es que Europa es el espejo en el que pueden mirar el futuro las demás sociedades.

c) La peculiaridad latinoamericana

En este mundo global, América Latina es todavía el Continente que más señas de identidad propia emite, a pesar de la presión homogeneizadora de la globalización, y de los esfuerzos que en estas últimas décadas se han hecho por reconducir la vida de la Iglesia latinoamericana al patrón centralizado romano. La realidad latinoamericana nos envía desafíos que son comunes en el mundo entero, y a la vez suscita otros desafíos genuinamente propios.

En primer lugar nuestros pueblos siguen viviendo una realidad que, globalmente, podemos considerar de tercer mundo. Unas élites y un cierto segmento de la población escapan a esta calificación, pero el grueso de la población espera todavía ser redimida de la pobreza generalizada. Las cifras no han cambiado demasiado desde las últimas décadas. No obstante, estamos lejos de la postración que viven las mayorías humanas en ese «barco a la deriva» que es, ante la pasividad del mundo, la hermana África.

El problema mayor sigue siendo la deuda externa, que ya pasó de moda después del jubileo del año 2000 y que no sólo

¹⁰ GONZÁLEZ DE CARDENAL, Olegario. *“El Papa y la responsabilidad del cristiano”*, en El País 21 diciembre 2004.

no se superó sino que continúa agravándose. Se perdonaron algunos casos no sólo extremos -todos lo son- sino absolutamente insolventes: seguros de no poder cobrar nunca algunas de las deudas, algunos acreedores han preferido quedar como generosos. La población más pobre sigue careciendo de los servicios mínimos de salud, educación, vivienda... porque con su recorte se «honra» el «servicio» de la deuda (sólo parte de sus intereses, no la deuda misma, que sigue creciendo). Es, con toda claridad, una «usura» internacional que produce una forma de «esclavitud colectiva» moderna no reconocida: que todo un país deba una deuda que excede desorbitadamente su PIB, y que no fue contraída por el pueblo y que fue pagada ya con creces pero que sigue siendo utilizada para someter de por vida a todo un país, es tal vez el pecado social más grave que vivimos en América Latina¹¹.

Más reciente y no menos grave es el problema del ALCA, un acuerdo dizque «de libre comercio», que en su letra pequeña y en sus negociaciones -a escondidas de los pueblos, secretas- es mucho más: abarca temas cruciales para la soberanía y defensa nacional, la autonomía en el diseño y aplicación de políticas estatales, la potestad legislativa del Congreso, la jurisdicción de nuestras leyes y tribunales, nuestros derechos y deberes ciudadanos. ¿Desde cuándo un acuerdo comercial tiene rango supraconstitucional y se coloca por encima de la democracia, de forma que lo que se firme obligará al país por décadas al margen de la voluntad de los gobiernos y

de la decisión democrática soberana de nuestros pueblos... El ALCA es, indubitablemente, un «caballo de Troya», una «revolución de terciopelo», una entrega de la soberanía y del comercio al coloso del Norte, un asentimiento gentil a las pretensiones de anexión de América Latina por parte de EEUU. ¿Cómo es posible que la mayor parte de las Iglesias oficiales lleven diez años ciegas ante unas negociaciones secretas ocultas a nuestros pueblos, y mudas ante este enemigo que amenaza gravemente a nuestros países? Afortunadamente hay algunas excepciones dignas de imitación, como la Conferencia Episcopal Brasileña y la Canadiense.

Por todo el Continente -un poco como por todo el mundo- también en América Latina están cambiando los vientos del «pensamiento único». Ya nadie se atreve a sostener las bondades del neoliberalismo y del comercio libre a ultranza. En realidad ya nadie oculta lo que hace años José Comblin dijo como el niño del cuento de Andersen: «nadie cree en el neoliberalismo, comenzando por los principales países que lo predicán y lo imponen». El proteccionismo de EEUU a su acero y a su agricultura -entre otros muchos rubros-, y el de Europa, son ya noticiados sin pudor en los titulares de cada día. Después de las crisis (periódicas) de México, Brasil... y la más estrepitosa de Argentina (fiel como ninguna a la receta neoliberal de la mano del discípulo aventajado Menem), nadie afirma ya las bondades del sistema. Los mismos jefes instalados en sus más altos puestos (Stiglitz, Wolfenson) reco-

¹¹ Este es uno de los que creo que podemos llamar «Fracasos globales del Evangelio», loc. cit.

*La población más pobre
sigue careciendo de los servicios
mínimos de salud, educación,
vivienda... porque con su
recorte se «honra» el «servicio»
de la deuda (sólo parte
de sus intereses,
no la deuda misma,
que sigue creciendo)*

nocen las limitaciones. La opinión pública y política de varias democracias latinoamericanas gira a la izquierda (Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Venezuela...). Un nuevo panorama político se va configurando lentamente.

Nuestros países siguen con sus procesos de reconstrucción de la conciencia de la sociedad civil, tan golpeada en los años del terrorismo de Estado. Guatemala, Perú, Argentina, Chile, Uruguay... La Comisión de la Verdad de Perú logró presentar el pasado año 2003 su informe: 69.000 víctimas, entre muertas y desaparecidas, fruto de los 20 últimos años de violencia política, desde el gobierno de Fujimori hacia atrás. Argentina acaba de dar pasos significativos: por primera vez la armada reconoció haber practicado la tortura, y el gobierno, por medio del presidente Kirchner pidió perdón por el silencio del gobierno durante estas décadas, y convirtió la ESMA, Escuela Superior de la Ma-

rina en «Museo de la Memoria», ante unas Madres de Plaza de Mayo y una sociedad civil herida y dividida que no daba crédito a lo que veía y escuchaba. De Chile, Guatemala, Uruguay... habría que hablar. Es preciso mantener los ojos bien abiertos ante estos procesos, que no por ser menos publicitados en los medios siguen siendo desafíos muy propios de la latinoamericanidad concreta actual.

Eclesialmente hablando, América Latina es ya cada vez más consciente de su significación numérica en la Iglesia católica: en el continente entero (850 millones de habitantes) se encuentra la mitad de la Iglesia católica, 530 millones de católicos, que significan el 60% de la población de las Américas. (Europa representa sólo el 26% de los católicos, y en ella ellos sólo son el 40% de la población). Estas cifras poblacionales parece que claman y reclaman espontáneamente un mayor protagonismo y participación latinoamericana en todos los niveles de la estructura eclesiástica, y una voluntaria disminución de la influencia de iglesias locales con más tradición y fama que números y realidad actual.

Hasta hace solamente 5 años, todavía se hablaba de que, gracias a Dios, América Latina estaba libre de la secularización «europea», y por eso, la religiosidad popular, las vocaciones sacerdotales y religiosas, la credibilidad de la Iglesia estaban inmunes de todo peligro. Eso se acabó. Desde hace cinco años, un poco por todas partes en el Continente, han brotado los signos de que aquella época dorada comienza a hacer agua. El mundo rural¹² está

¹² Me refiero al mundo «culturalmente rural».

decreciendo a pasos agigantados en todo el planeta, por obra de las comunicaciones principalmente. América es el Continente más urbanizado. Aunque aún estamos lejos, vamos hacia un mundo en el que casi en cada aldea llega el teléfono, la televisión, internet... y con ellos llega una comunicación virtualmente igual a aquella de la que se dispone en cualquier ciudad capital. Las antenas parabólicas, relativamente accesibles a las economías modestas, comienzan a ornamentar algunos tejados de paja de los ranchitos o los paneles de zinc de las chabolitas de adobe, permitiendo el acceso en muchos casos a cientos de canales. La mentalidad, la opinión pública, el imaginario social y religioso que hasta hace poco tiempo fue formado, alimentado y controlado por las Iglesias cristianas, se está emancipando inevitablemente y bebiendo de otras fuentes. América Latina está abocada inevitablemente, más pronto que tarde, a seguir... no el «camino europeo» sino la evolución ilustrada moderna científico-técnica en que parece que van a converger las evoluciones de las sociedades todas del mundo. Es pronto todavía para definirlo, pero es ya tarde para negarlo y hasta para evitarlo.

«Cuando las barbas de tu vecino veas pelar... pon las tuyas a remojar», decía el refrán castellano. El peor servicio que se podría hacer ahora a América Latina es vivir mirando al pasado, preocupados por conservar lo que había, o por evitar lo que viene, en vez de «vacunar» (homeopáticamente, sí) a nuestras comunidades cristianas, adelantándose a la crisis que está

llegando, no confundiendo la metamorfosis de lo religioso con la indiferencia ni con la increencia, no recetando el viejo remedio de una «nueva evangelización» a lo que es una situación cualitativamente nueva. En este caso, lo más seguro es la osadía de aventurar caminos nuevos: los viejos ya sabemos dónde van a parar¹³.

Pero, como en la Iglesia universal, también en América Latina -con motivos adicionales- hay cansancio, parálisis, miedo, falta de profecía, fin de una generación de profetas a la que no se ha dado sustitución. Medellín y Puebla son para muchos referencias gloriosas de una época en la que ya no estamos. La mayor parte de Iglesias que fueron proféticas hoy no

Nuestros países siguen con sus procesos de reconstrucción de la conciencia de la sociedad civil, tan golpeada en los años del terrorismo de Estado. Guatemala, Perú, Argentina, Chile, Uruguay... La Comisión de la Verdad de Perú logró presentar el pasado año 2003 su informe: 69.000 víctimas, entre muertas y desaparecidas, fruto de los 20 últimos años de violencia política, desde el gobierno de Fujimori hacia atrás.

¹³ En la vida práctica de la Iglesia de hoy, el único tuciorismo permitido es el tuciorismo de la osadía. Hoy, lo seguro no es ya el pasado, sino el futuro: K. RAHNER, *Handbuch der Pastoraltheologie*, II/1, Herder, Friburgo 1966, pp. 275-276.

guardan ni memoria de sus glorias. Algunos teólogos guardan un clamoroso y elocuente silencio. Muchos religiosos y religiosas optaron por las profecías sustitutorias (la de la vida diaria, la de los gestos pequeños, la del silencio y la sabiduría...). En este contexto, el primer sondeo oficial para la posible celebración de una V Conferencia del CELAM, que daría seguimiento a la IV, de Santo Domingo en 1992, ha pasado casi enteramente desapercibido, sin merecer siquiera la reacción de la acogida subserviente.

En este contexto, a pesar de todo, la última palabra la tiene, como siempre la esperanza.

Los religiosos y religiosas sentimos en carne propia los desafíos humanos y religiosos del mundo. No tenemos análisis especiales, aparte, especializados. El Reino, la utopía, los bienes mesiánicos, no son una promesa de Dios para un gueto de elegidos, sino para el mundo. Y los religiosos y religiosas no somos sino consagrados en cuerpo y alma al advenimiento de ese Reino... para el mundo.